

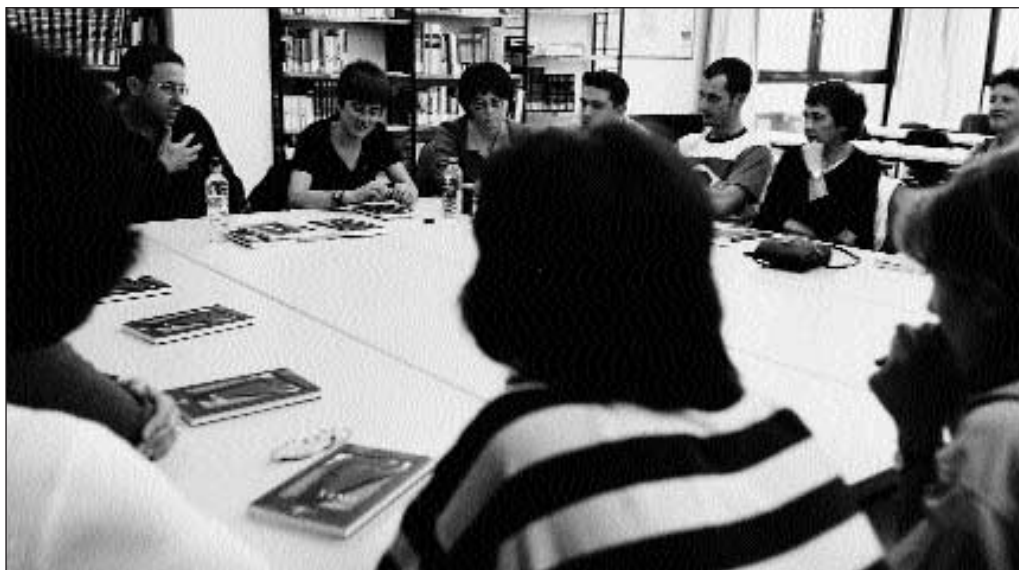
## Los grupos de lectura en la biblioteca de Barañain

Jesús ARANA PALACIOS

Los grupos de lectura son como esas plantas que arraigan con facilidad. Basta con tener un terreno abonado, y ningún terreno tan propicio como las bibliotecas, regarlos cada quince días con nuevos ejemplares del libro que se haya decidido leer y tener un poco de la paciencia, el cuidado y la dedicación de los buenos jardineros. Sólo con eso empiezan a echar raíces cada vez más profundas.

Para coordinar un club de lectura es suficiente con tener una mínima afición a leer. Esto es obvio. Pero tampoco hace falta leer mucho. De hecho esta es una las lecciones que se aprende con el tiempo. Entre los asistentes a las tertulias hay lectores de una voracidad increíble, son como orugas glotonas que se lo tragan todo. Pero también hay lectores con muchas ocupaciones y que apenas sacan un rato cada noche para ir leyendo el libro que tienen entre manos. La única manera de llegar a un punto medio es seleccionando libros que no sean muy voluminosos. Nosotros hemos leído varios libros de más de 500 páginas (*Las uvas de la ira*, por ejemplo, o *Madame Bovary*) y la verdad es que los dos nos dieron mucho juego para debatir, pero tampoco hablamos menos con *Adolphe* de Benjamin Constant que apenas tiene 120 páginas o incluso con *El sur* de Adelaida García Morales que no llega al centenar de páginas. Claro que en este último caso teníamos el apoyo de la película de Víctor Erice que acabábamos de ver.

# 31





Luis Azanza

32

No es ésta la única película que hemos visto. Cuando se lleva un tiempo haciendo esto se descubre que las novedades y los pequeños cambios siempre son estimulantes. Una variante que de vez en cuando introducimos, nada imaginativa por otra parte, es precisamente esta, la de ver en la biblioteca la película que se basa en el libro que hemos leído. Esto siempre nos da la oportunidad de entrar en el viejo debate de si es mejor la película que el libro, los diferentes lenguajes, los recursos que utiliza un director de cine para hacer explícito lo que en una novela es un monólogo interior etc. Además de *El Sur*, hemos visto *Tierras de penumbra*, una película tremenda que enfrenta al espectador con la experiencia de la pérdida de un ser querido. Esta película de Richard Attenborough está basada en el libro de C. S. Lewis *Una pena en observación* traducido al castellano nada menos que por Carmen Martín Gaité que, por cierto, tuvo que sentirse identificada en más de un momento con lo que estaba traduciendo porque también ella había conocido el dolor de la pérdida, en su caso, la de una hija. Esta es una de las cosas que en los grupos siempre nos llama la atención: la cantidad de asociaciones y de referencias cruzadas que se establecen entre distintos libros, entre autores etc. Nos pasó también cuando vino Miguel Martínez-Lage<sup>1</sup>, uno de los traductores más solicitados por las grandes editoriales. Nosotros habíamos leído para aquella ocasión *El maestro de Petersburgo*, un libro escrito en inglés por un gran autor sudafricano, J. M. Coetzee, basado en un episodio de la vida de Fiodor Dostoyevski, ambientado en la Rusia de finales del XIX y vertido al castellano por un traduc-

1. A Miguel Martínez-Lage, dicho sea de paso, el título *Una pena en observación*, elegido por Carmen Martín Gaité como equivalente al inglés *A grief observed*, le parecía un anglicismo intolerable. Si él hubiera traducido el libro, nos dijo, lo hubiera titulado *Observando una pena*.

tor de Pamplona. Mientras leías ese libro se establecía un fenómeno curioso, entre tantos ecos te costaba reconocer de quién era la voz que estabas escuchando, ¿era la del autor de *Crimen y castigo*, la de Coetzee, o la de este Martínez-Lage que estaba con nosotros?

Pero volvamos a las películas. *El arpa de hierba* es una luminosa novela de Truman Capote que habíamos decidido leer y casi sin buscarla dimos con la versión cinematográfica, bastante fiel y bastante digna, que en 1995 hizo de esta novela Charles Matthau con su padre Walter Matthau en el papel protagonista. Esta fue la película que elegimos para terminar la temporada en junio del año pasado y después nos fuimos a cenar.

Otras de las variantes que introducimos con cierta regularidad es la de invitar al autor de la novela que hemos leído a compartir con nosotros la tertulia en la que vamos a hablar de su libro. Al principio no les pagábamos nada pero como desde el año pasado disponemos de una partida aprobada por el Ayuntamiento para actividades de fomento de la lectura, hemos empezado a abonarles algo a los escritores que nos visitan, lo justo para cubrir gastos de desplazamiento; aparte, claro está, de que compramos treinta ejemplares de la obra que vamos a leer, lo que también puede considerarse una forma indirecta de pago. En cualquier caso, la razón por la que vienen no es, obviamente, económica: vienen, sobre todo, porque les gusta hablar con sus lectores. Prácticamente todos los autores que han estado en nuestras tertulias son navarros (Aingeru Epaltza *Cazadores de tigres*, Fernando Luis Chivite *La tapia amarilla*, Javier Corres *Irene Klein*) o vascos (Lourdes Oñederra *Y la serpiente le dijo a la mujer*, Luisa Etxenike *Vino*). Ahora tenemos comprometida la asistencia para el 18 de diciembre de Pedro Ugarte, autor de *Los cuerpos de las nadadoras*. Por otra parte, y sin que nos corresponda a nosotros el mérito, porque es algo que organiza el Área de la Mujer del Ayuntamiento de Barañain, también en los locales de la biblioteca han tenido lugar encuentros y tertulias con dos de los últimos premios Planeta, Espido Freire, en junio de 2002, y Rosa Regás, en noviembre del mismo año.

33

A veces la variante es sencillamente hacer una tertulia conjunta los dos grupos que tenemos en Barañain. Hasta ahora no lo hemos dicho: en la biblioteca funcionan dos grupos, el de los miércoles (coordinado por mis compañeras Anabel Olaso y Begoña Espoz) y el de los jueves (que coordino yo). Los dos se reúnen quincenalmente y, aunque en distintas fechas, los dos van leyendo los mismos libros. A veces, sólo por animar el debate, juntamos los dos grupos y de ser quince las personas que acuden se pasa a ser el doble y esto siempre le da una dinámica muy distinta a la tertulia. Algunas de las que hemos hecho así, como la del libro de Hans Magnus Enzensberger *La gran migración*, fueron particularmente interesantes por la vehemencia de las opiniones, siempre dentro de un clima de un gran respeto mutuo. Quizá sólo lo superó, en cuanto a la vivacidad de la polémica suscitada, *La vida sexual de Catherine M.* de Catherine Millet.

Este año, posiblemente debido al reportaje que se publicó en *El País Semanal\**, tenemos lista de espera para formar parte de los grupos de lectura. Casi todas las personas que vienen por primera vez a interesarse por las tertulias ponen por delante sus temores: ellos no saben nada,

---

\* Agradecemos a Luis Azanza, fotógrafo el *El País*, la cesión de las fotos para este artículo y para la cubierta de este número.

seguro que el nivel es muy alto, ellos no tienen nada que aportar. Todas estas son dudas y temores normales. En cuanto asisten a la primera reunión se les pasan todas estas aprensiones porque comprenden que lo esencial no está en demostrar nada. No somos críticos literarios, ni profesores que debemos enseñar nada a nadie. Sólo somos lectores normales y corrientes que nos dedicamos a poner en común lo que una determinada lectura nos ha sugerido. Naturalmente, cada uno tiene su particular bagaje cultural, sus propios puntos de vista, sus ideas y sus prejuicios, pero aquí nadie trata de imponer sus opiniones. Se comenta, se analiza, se destaca determinado pasaje de la obra, determinada frase que se ha anotado, se juzga a los personajes, y entre todos se descubre que los libros tienen muchas posibles lecturas, muchas interpretaciones. Eso es lo que hacemos.

Una de las mayores riquezas de los grupos de lectura es su heterogeneidad y su diversidad. Se puede establecer un perfil: la mayoría son mujeres en torno a cuarenta años etc. Pero si miras a cada uno sabes, lo vas sabiendo con el tiempo porque al hilo de las conversaciones la gente habla de su vida y de sus experiencias y porque muchos son usuarios que conocemos desde hace mucho, que en ese grupo hay de todo: conserjes y profesores, enfermeras y periodistas, trabajadores de fábricas y dependientes, farmacéuticos y funcionarios. Sabes también que hay quien milita en determinados partidos radicales y quien se dedica a enseñar catequesis, sabes que unos llevan a sus hijos a la escuela pública, otros a la ikastola y otros a colegios religiosos. Y a pesar de tantas diferencias, si hay un rasgo que destacar de las tertulias, es el respeto con que todos nos escuchamos. La única autoridad que se reconoce dentro de los grupos es la que cada uno se gana con lo acertado de sus opiniones y con su forma de expresarlas, y a nadie le importa si quien así habla es catedrático de universidad o barrendero.

## 34

A veces tenemos la impresión de estar inaugurando algo, de estar protagonizando un cambio en la forma de leer que puede tener sus consecuencias en el futuro. Naturalmente no nos referimos en concreto a nuestra biblioteca. De sobra sabemos que en Madrid, en Guadalajara o en Cuenca, por no hablar de Inglaterra o Estados Unidos, llevan muchos años haciendo esto. Pero quizá no se ha reflexionado suficientemente sobre su significado. Hay un artículo muy interesante del sociólogo Enrique Gil Calvo que se titula "El destino lector"<sup>2</sup> y que voy a tratar de resumir porque en él se esconde una justificación de esto que hacemos.

Dice Gil Calvo que hasta el siglo XVIII la lectura era una actividad minoritaria, todavía muy ligada a la oralidad, puesto que muchas veces era una lectura en voz alta, e inserta sobre todo en una esfera religiosa: era sobre todo la palabra de Dios lo que se leía en distintos formatos. Pero desde que en el siglo XVIII la lectura se convierte en una actividad laica y se extiende a grandes capas de la sociedad, la forma de leer ha pasado por diferentes fases. En un primer momento se entendía la lectura como predestinación: gracias a lo que se leía se podía construir el propio destino. Se pensaba que las personas que leían eran capaces de ordenar a largo plazo el hilo argumental de su vida. Esto era normal en sociedades en las que las vidas esta-

---

2. Enrique GIL CALVO, "El destino lector", *La educación lectora: encuentro iberoamericano*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2001 (Papeles de la Fundación; 1), p. 13-25.



Luis Azanza

ban muy compartimentadas, se pertenecía a una clase social, a un gremio, a una familia y se pertenecía para siempre. El momento culminante de esta forma de leer se puede situar hacia 1900.

35

En una segunda fase con la lectura ya no se estaría buscando un destino, ni personal ni colectivo, sino sería más bien la actividad de los cesantes, de los que ya no tienen destino. La lectura ya no es signo de distinción como lo fue aproximadamente hasta 1950, sino que progresivamente es un signo de identidad subcultural que se identifica con subculturas particularistas y segmentadas: la lectura femenina, la lectura infantil, lectura de género, lectura deportiva, lectura de la prensa. Ya no hay una lectura con mayúsculas. La lectura no confiere prestigio social. Quizá por eso muchos varones confiesan que sólo leen en términos instrumentales: artículos técnicos, libros de su profesión, prensa de información general, económica etc. Pero que leer —la lectura autorreferente— es cosa de mujeres, de jóvenes o de jubilados. Equivaldría a decir que las personas que están en el centro de la realidad no pueden perder el tiempo con un pasatiempo ocioso.

En la tercera fase, la que estamos inaugurando ahora, la lectura se vive como la búsqueda de un destino abierto. El héroe singular ya ha pasado a la historia pero sigue vigente la máquina del tiempo que proporciona la lectura. La senda lineal que eran las vidas del pasado se ha transformado en jardín de senderos que se bifurcan, pero son senderos que hay que recorrer y hay que hacerlo desplegándolos, desarrollándolos en el tiempo. Es decir, seguiremos contando con la lógica de la escritura para orientarnos en esos escenarios temporales, utilizando la lectura como máquina del tiempo, como brújula temporal, como instrumento cronológico que nos permite conjurar el futuro y construir ese destino. Sólo que ese destino ya no es cerrado.



Así pues, siempre según Enrique Gil Calvo, no desaparecerá la lógica de la lectura como conjuro del tiempo, en cambio se combinará la lógica de la escritura con la lógica de la oralidad. Aquella lógica de la oralidad contra la cual se erigió la revolución lectora del siglo XVIII puede retornar ahora no solo por los medios de comunicación audiovisuales o digitales que se basan en la lógica de la oralidad, sino por la necesidad de recuperar una lectura abierta a los otros, cómplice, compleja, solidaria. Una lectura capaz de generar relaciones horizontales para que las vidas no sean sendas únicas, solitarias, como es el acto de leer un relato unitario de lógica lineal. Una lectura que sea capaz de imitar la conversación oral, abierta a todas las voces, donde todos tienen derecho a hablar y a escuchar.

Habrà que devolver a la lectura atributos que tuvo y que ha ido perdiendo por culpa de una excesiva introspección o por ese excesivo individualismo que ha terminado por convertirla en un medio de consumo, en un pasatiempo inofensivo. Para eso, para reinstitucionalizarla habrá que devolverle los aspectos rituales y fetichistas que tuvo en el pasado. Cuando estalló la revolución lectora en el siglo XVIII la lectura introspectiva, íntima, en silencio, desplazó a la lectura pública. Ahora no se trata de que en el siglo XXI se recupere la lectura en voz alta en el patio de la iglesia, pero probablemente se produzca una rehabilitación de aspectos rituales como los que tuvo la lectura oral en sus primeros tiempos. Que vuelva a ser algo así como un ritual escénico que se practica delante de otros, se comunica a otros, se comparte con otros y quizá con la complicidad de otros.

36

Justamente esto es lo que entiendo yo que estamos haciendo en los grupos de lectura y en las tertulias literarias.

